

2013

María Rosa Lida y el control de la posteridad: o de cómo Rafael Lapesa reseñó La originalidad artística de "La Celestina"

Aurora Hermida-Ruiz

University of Richmond, ahermida@richmond.eduFollow this and additional works at: <https://scholarship.richmond.edu/lalis-faculty-publications>Part of the [Latin American Languages and Societies Commons](#), and the [Spanish Linguistics Commons](#)

Recommended Citation

Hermida-Ruiz, Aurora. *Two Spanish Masterpieces: A Celebration of the Life and Work of María Rosa Lida de Malkiel*. Edited by Pablo Ancos and Ivy A. Corfis. New York: Hispanic Seminary of Medieval Studies, 2013. 41-59.

This Book Chapter is brought to you for free and open access by the Latin American, Latino and Iberian Studies at UR Scholarship Repository. It has been accepted for inclusion in Latin American, Latino and Iberian Studies Faculty Publications by an authorized administrator of UR Scholarship Repository. For more information, please contact scholarshiprepository@richmond.edu.

María Rosa Lida y el control de la posteridad: o de cómo
Rafael Lapesa reseñó *La originalidad artística de "La Celestina"*

Aurora Hermida-Ruiz
University of Richmond

La intención de este trabajo es responder a esta simple pregunta: ¿por qué fue Rafael Lapesa el primero en leer y reseñar la obra póstuma de María Rosa Lida? Para responder a esta pregunta, debo aclarar, en primer lugar, que Lapesa, en una vida casi centenaria, escribió muy pocas reseñas, la mayoría muy breves, y ninguna jamás del tipo que Yakov Malkiel llamaba “demolition jobs” y que María Rosa Lida, en cambio, convirtió en sello propio (Malkiel, “María Rosa Lida” 27–28; Gómez Bravo 726).¹ Es por eso que destaca que haya dos autores repetidos en este breve apartado de la bibliografía de Lapesa: María Rosa Lida y Ramón Menéndez Pidal; y sólo dos reseñas escritas por él ostensiblemente más extensas que el resto: la primera, de 1949, dedicada a *España en su historia: Cristianos, moros y judíos* de Américo Castro; y la segunda, algo más extensa, la que aquí nos ocupa: la que aparece como “*La originalidad artística de 'La Celestina.'* Memorial Review Article” en el primer volumen de homenaje póstumo a María Rosa Lida de *Romance Philology* (1963–64). La cuestión, algo ampliada ahora, podría formularse así: ¿por qué es María Rosa Lida la beneficiaria de la reseña más larga que Lapesa escribió en toda su vida? Implícita a esta pregunta queda también la intriga de que Lida ocupe, siquiera en este breve apartado de la bibliografía de Lapesa, el mismo lugar destacado que Américo Castro y Menéndez Pidal, nada menos que los dos “prohombres de la filología hispánica,” para decirlo con palabras prestadas de la propia María Rosa Lida (“Nuevas notas” 17), o “mis dos maestros,” para decirlo según la fórmula genealógica que Rafael Lapesa gustaba de usar para poder acreditarse a sí mismo como miembro del Centro de Estudios Históricos de Madrid (1910–39) y continuador de la Escuela de Filología fundada allí por don Ramón.²

¹ Sólo 26 reseñas publicó Lapesa en su larga vida, la mayoría correspondiente a sus años de colaborador en la *Revista de Filología Española*, desde finales de los años 20, o a sus inicios en la cátedra, desde 1948. A partir de los años 50, sus reseñas aparecen de manera muy esporádica. Utilizo como guía la bibliografía de Lapesa recopilada por Satorre Grau en 2008.

² Lapesa dio muestras más que frecuentes a lo largo de su vida de la trascendencia de esta devoción doble. Dos buenos ejemplos de este proceder son sus dos “semblanzas” de Américo Castro. En la primera de ellas, nos dice: “Yo he tenido la suerte de recibir el magisterio de dos [hombres], muy distintos en obra y carácter: don Ramón

Para responder a estas preguntas, tanto como para haberlas podido formular, utilizaré como fuente principal la correspondencia pertinente que hoy se conserva en el Archivo de Rafael Lapesa Melgar de la Biblioteca de la Generalitat Valenciana y de la que, quizá, no se tenga suficiente noticia entre los estudiosos de María Rosa Lida. Anticipo desde ahora que no hay cartas de María Rosa en el archivo de Lapesa, pero sí toda una serie procedente de Yakov Malkiel, Américo Castro, Dámaso Alonso y Raimundo Lida en las que María Rosa o *La originalidad artística de "La Celestina"* fueron tema central de conversación.³ A partir de estas cartas, espero demostrar, por un lado, que Lapesa sólo escribió un artículo-reseña cuando se vio obligado a actuar como mediador en un conflicto y con el propósito de evitar en lo posible una ruptura en el seno de su escuela. Por otro lado, espero demostrar también que fue la propia María Rosa Lida la que, a modo de ataque preventivo, quiso asegurar la intervención crítica y mediadora de Rafael Lapesa en el debate póstumo sobre su obra. Así, ante la inminencia de su propia muerte, María Rosa Lida recaba el apoyo y la influencia de Lapesa para cubrir *in absentia* los dos frentes que su obra tendría de antemano abiertos: uno en España, en el dominio de Menéndez Pidal y, cada vez más, de Dámaso Alonso; y otro en EEUU, en el dominio creciente de Américo Castro y sus discípulos. Mi intención última al indagar el drama oculto en la reseña póstuma de Lapesa es cuestionar la machacona insistencia con que se suele señalar la filiación o subordinación de María Rosa Lida a los maestros de la Escuela de Filología Española o de Menéndez Pidal. Pondré sólo un ejemplo, válido por ser muy conciso, muy reciente y muy *made in Spain*. Es éste que proporciona Ángel Gómez Moreno en su *Breve historia del medievalismo panhispánico*: "María Rosa Lida de Malkiel (1910–62), discípula dilecta de Amado Alonso (1896–1952), discípulo éste, a su

Menéndez Pidal, atenido a los datos para construir sobre ellos, mesurado, parco para manifestar su honda afectividad, y don Américo, estimulado por intuiciones que luego contrastaba con los datos, combativo y vehemente, tanto en sus iras como en sus generosidades. Don Ramón serenaba; don Américo suscitaba inquietudes" ("Américo Castro" 356). Diez años después de la muerte de Castro, Lapesa vuelve a establecer así su genealogía: "Yo he tenido la suerte de tener dos [maestros]: don Ramón Menéndez Pidal y don Américo Castro. Después he tenido 'hermanos mayores' en la filología y en la amistad: los dos Alonso, Amado y Dámaso [...], pero maestros que hayan influido no sólo en la formación científica, sino en la humana, en la conducta, en el ideal de vida, realmente no he tenido sino dos: Menéndez Pidal y Castro" ("Semblanza complementaria" 239).

³ Charles Faulhaber, director emérito de la Bancroft Library de la Universidad de California–Berkeley, me confirma que tampoco hay ninguna carta de Rafael Lapesa en el archivo de María Rosa Lida allí conservado.

vez, de Menéndez Pidal” (109). Vista así, apenas como un brillante botón de muestra del legado de Ramón Menéndez Pidal en las Américas, es claro que María Rosa Lida ha cumplido y cumple todavía un papel importante en la propaganda de unidad, continuidad y liderazgo internacional de la Escuela de Filología Española, con todo lo que ello conlleva en detrimento de la originalidad o independencia de la autora. Por todo ello, creo que es importante activar el debate sobre la obra de María Rosa Lida y su situación respecto de la escuela de Menéndez Pidal.

Antes de entrar de lleno en harina conviene decir dos palabras sobre Lapesa para entender, siquiera de pasada, su perspectiva en el compromiso con la obra de María Rosa Lida. Para empezar, debo recordar que Lapesa fue el único colaborador del Centro de Estudios Históricos que se quedó en Madrid durante la guerra civil al cuidado de los archivos del Centro y de la publicación de la *Revista de Filología Española*. De hecho, fue Lapesa el que se encargó de editar en 1937 el que sería el último número todavía “céntrico” de esta revista, supliendo la falta de colaboradores y de materiales a base de trabajos propios.⁴ A pesar del expediente de depuración que sufrió por sus actividades en el Centro, Lapesa también fue el único ex-miembro del Centro que, no sin grandes dificultades, consiguió anular el mencionado expediente e integrarse plenamente a la universidad de Madrid, ganando con gran escrúpulo de conciencia en 1947 la cátedra de Gramática Histórica de la Lengua Española que había sido de don Américo.⁵ Téngase en cuenta, además, que Ramón Iglesia, el otro joven miembro de la generación de Lapesa que empezaba a despuntar en el Centro, se suicidó en EEUU en 1948, precisamente cuando Lapesa, ya con su cátedra en el bolsillo, estaba junto a Américo Castro en Princeton durante su primera salida al extranjero.⁶ Es cierto que hay otro antiguo miembro del Centro que se

⁴ Sólo en ese último número aparecieron de una vez un artículo y cinco reseñas de Lapesa, cifra ciertamente sorprendente si tenemos en cuenta que, desde su primera colaboración en 1929, el total de sus trabajos en la *Revista de Filología Española* fue de cinco artículos y nueve reseñas. Puede que de entonces le viniera una cierta fobia por el género.

⁵ Tantas fueron las dificultades que Lapesa estuvo a punto de tirar la toalla e irse a EEUU en 1946, cosa que no ocurrió por ponerse su madre muy enferma: “Mi situación profesional en España era muy incómoda. Aunque las sanciones que en 1940 me impuso la comisión depuradora habían sido anuladas tres años después, seguían pesando en el ambiente y dificultaban mi entrada a cátedras universitarias. En 1946, cansado de sentirme en entredicho, pregunté a don Américo si veía posible que me abriera camino en los Estados Unidos” (“Semblanza complementaria” 250-51).

⁶ Ramón Iglesia había sido colaborador de Américo Castro en la sección de Estudios Hispano-americanos, junto a Vicente Llorens Castillo y Ángel Rosenblat. Durante la

quedó en la universidad de Madrid y que, por ello, ha tenido un valor equivalente al de Lapesa como exponente de la continuidad española de su escuela: Dámaso Alonso. Con todo, es importante notar que Dámaso pertenece a la generación anterior a Lapesa, y no tuvo, por otro lado, ningún problema bajo el nuevo régimen para ocupar en 1941 la cátedra que había sido de Menéndez Pidal. Por todo ello, Lapesa asumió la misión de continuar la escuela de Pidal en España casi como un destino reservado exclusivamente para él y no sin enormes esfuerzos y sacrificios y entre enormes limitaciones. La reseña de María Rosa es sólo un caso, como vamos a ver en seguida, de este compromiso suyo con el destino de salvaguardar la continuidad de la escuela. Señalaré sólo dos ejemplos más por su interés relativo también a María Rosa. El primero es sobradamente conocido: Lapesa sacrificó años de su vida y de su obra para cumplir la promesa que había dado en el lecho de muerte a Amado Alonso, proverbial maestro de los hermanos Lida y “hermano mayor en la filología y en la amistad” para Lapesa (“Semblanza complementaria” 239): continuar y publicar por él su obra lingüística inacabada.⁷ El segundo ejemplo quizá sea menos conocido: Lapesa declinó en favor de Raimundo Lida la oferta de ocupar la cátedra de Harvard vacante tras la muerte de Amado Alonso en 1952. De acuerdo con sus cartas, ésa fue una de las decisiones más duras de su vida, tomada, según dice, en aras de su “destino en España,” y en claro detrimento de su bolsillo y de su lucimiento personal.⁸

guerra había prestado servicio en la columna Prada. Sobre la trayectoria de Iglesia y el impacto que su muerte tuvo en Castro, véase el trabajo de Bernabéu Albert.

⁷ En 1955 apareció *De la pronunciación medieval a la moderna*, el primer tomo de la obra póstuma de Amado Alonso, “ultimado y dispuesto para la imprenta por Rafael Lapesa.” El segundo tomo de la obra no aparecería hasta 1969. El tercer tomo originalmente proyectado por Alonso no llegó a aparecer nunca a pesar de los esfuerzos de Lapesa por llevarlo a cabo y saldar definitivamente su compromiso. Según testimonio propio, a la altura de 1992 y cumplidos ya los 84 años de edad, Lapesa todavía esperaba poder cumplir la palabra que había dado a Amado Alonso 40 años antes: “[en 1957] vio la luz el [tomo] primero de la obra que me fue encomendada, *De la pronunciación medieval a la moderna en español*; el segundo, que necesitaba más rigurosa puesta al día, se imprimió, gracias a la colaboración de María Josefa Canellada de Zamora, en 1969; el tercero, mucho más conflictivo, porque Amado no lo llegó a redactar, verá la luz, elaborado por María Josefa y por mí, el año próximo [1993] según espero, gracias a la ayuda del Colegio Libre de Eméritos” (“Mi recuerdo de Amado Alonso” 332–33). Alonso confió a Lapesa su obra lingüística, dejando a Raimundo Lida como su albacea literario.

⁸ En 1953 Lapesa escribe esta carta al profesor Dieckman, que le ha ofrecido un puesto permanente en Harvard: “No se le oculta a usted que durante todo el pasado otoño estuve luchando entre las dos llamadas de Harvard y Madrid. En el fondo cuando le dije que no quería estorbar el camino a Clavería ni a Lida no lo hice sólo por razones

Entremos, pues, en harina. El 22 de febrero de 1962, Yakov Malkiel escribe a Rafael Lapesa en calidad de editor de *Romance Philology* para anunciarle que a los pocos meses ha de salir en Buenos Aires el *magnum opus* de María Rosa, “producto de quince años de labor casi ininterrumpida,” de unas “setecientas páginas bastante apretadas” y, con todo, “modestamente” titulado *La originalidad artística de “La Celestina”* (ARLM Pro 2399). La intención de Malkiel en esta carta es solicitar de Lapesa una colaboración un tanto especial:

Por mil razones que sobra enumerar, me gustaría publicar en *Romance Philology* no una reseña ordinaria sino un ‘artículo-reseña’ escrito por un distinguido erudito, redactado en español y que presente en sí un aporte notable a un tema discutido tan apasionadamente, y desde tantos puntos de vista, por una pléyade de hispanistas. Me parece (y María Rosa está muy de acuerdo conmigo) que la solución ideal sería pedirle a Vd. tal contribución, dado su conocimiento muy especial del siglo XV castellano y su talento marcado por reseñar libros difíciles y aún controvertidos, con perfecta justicia e independencia de juicio (testigo esa admirable reseña del gran libro de A. Castro en la *Nueva Revista de Filología Hispánica*).

La petición de Malkiel es extraña si no por mil, por varias razones, entre ellas: (1) porque se solicita la reseña de un libro que no se envía y cuya fecha de publicación aún no es posible adelantar; (2) porque lo que se anticipa del contenido es apenas que será tan polémico como lo fue *España en su historia* de Américo Castro; y, por último, (3) porque Rafael Lapesa, con ser un filólogo de renombre, un asiduo colaborador

de amistad: sabía que ellos no tenían dudas en la decisión, mientras que para mí la disyuntiva era más penosa. En efecto, al encontrarme de nuevo aquí comprendo que mi destino está en España, y que no debo desarraigarme permanentemente. Quiero hacerle saber que en 1949 rehusé el puesto en Yale y hace unos meses la cátedra de español en Oxford: en ninguno de los dos casos he tenido vacilación; en el de Harvard sí. Renunciar a la posibilidad de Harvard me cuesta mucho más” (ARLM CE sin signatura [4-4-1953]). En carta posterior de Lapesa al propio Raimundo Lida, ganador de la cátedra de Harvard—Clavería encuentra un puesto en Múnich—se repite el ofrecimiento y el rechazo: “Muchas gracias por su ofrecimiento, que equivale a una nueva tentación. Sé lo que es Harvard, me atrae la colaboración con V. y no olvido las posibilidades de trabajo que ofrece la Widener. Sin embargo, siento que mi destino está aquí, en esta brega de la universidad española, y no puedo pensar en abandonarla de manera permanente” (ARLM CE sin signatura [11-2-1957]). Para todas las cartas de Lapesa que cito en este artículo doy, cuando así la tengan, la fecha y la signatura que provisionalmente las identifica en el ARLM (Archivo Rafael Lapesa Melgar) como CE (“Correspondencia enviada”), CR (“Correspondencia recibida”) o Pro (“Provisional”).

de *Romance Philology*, y un antiguo conocido de los Malkiel, no ha escrito hasta la fecha una sola palabra sobre *La Celestina*.⁹ Lo poco que queda claro en esta petición inicial es que los Malkiel han distinguido a Lapesa como la “solución ideal” a un problema que, en honor a la verdad, no le han contado: no le han dicho que María Rosa está muy enferma, ni que su libro está sorprendentemente lejos de ser castrista ni, tampoco, por qué les hace falta que lo reseñe un erudito español.

Para octubre de 1962, Malkiel se dirige nuevamente a Lapesa con motivo del libro, ahora póstumo, de María Rosa y, concretamente, para comunicarle, en primer lugar, “que hemos designado dos números muy ampliados de *Romance Philology* para un homenaje internacional a María Rosa” y, en segundo lugar, “que me gustaría sumamente, y creo que con plena justificación, que figurase la reseña de usted como artículo-reseña, y eslabón central del primer número” (ARLM Pro 2400 [8-10-1962]). Malkiel también señala, casi prescribe, la extensión exacta que debe tener este artículo-reseña: “20 o 25 páginas de texto impreso,” la misma extensión que ya le había señalado en la primera carta, todavía en vida de María Rosa Lida: “un artículo de 20 o 25 páginas sería el bienvenido” (ARLM Pro 2399 [22-2-1962]). Cuando Lapesa recibe finalmente prueba de página del libro, ha pasado un mes desde la muerte de María Rosa y ocho meses desde la petición inicial de Malkiel. Entre estas dos fechas, Lapesa ha recibido, en la más estricta confidencialidad, confirmación de Raimundo Lida sobre la enfermedad de María Rosa. Al tiempo de recibir el libro, Lapesa también ha sabido por Raimundo que una de las últimas alegrías de su hermana fue saber que Lapesa “comentaría su *Celestina*.”¹⁰ Exactamente 20 serán las páginas impresas de la reseña que Malkiel recibe de Lapesa justo un año

⁹ Aunque se le pueda considerar como uno de los expertos en la literatura del siglo XV, su ámbito no es precisamente el de la prosa o del teatro, sino, más bien, el de la poesía (Santillana, Ayala, poesía de cancionero, etc.). Tanto es así que el nombre de Lapesa sólo aparece en dos ocasiones en el libro de Lida, y en ambas se trata de referencias muy indirectas a las convenciones de la lírica cortesana.

¹⁰ El 12 de octubre Raimundo Lida escribe: “No se imagina usted, mi querido Lapesa, lo halagada que se nos mostró María Rosa, en ese par de semanas que pasamos junto a ella en Berkeley, a la idea de que usted comentaría su *Celestina*. Todavía alcanzamos a verla trabajar, escribir, devolver pruebas de imprenta. Perdió la voz uno o dos días después de terminar su seminario sobre don Juan Manuel, y fue terrible ver aumentar sus dolores físicos, y su dosis de calmantes. Por fin descansa. Gracias por todo” (ARLM Pro 2388). Lapesa recibe toda esta correspondencia en Argentina, donde se encuentra como profesor visitante en la Universidad de la Plata desde el verano. En una carta anterior (ARLM Pro 2389 [24-7-1962]), Lida le ha confirmado que, efectivamente, María Rosa estaba enferma y le ha rogado que no lo comente con nadie.

después de haberla solicitado y que elogia casi con las mismas palabras de aquella primera solicitud:

La leí anoche de un tirón; dentro de su género, es una obra maestra, comparable a aquella otra que, hace unos quince años, usted escribió con motivo del gran libro “existencialista” de Américo Castro. Me parece que es un trabajo de exquisito gusto y de juicio imparcial—el rasgo que María Rosa más ponderaba en sus pesquisas. (ARLM Pro 2642 [20-2-1963])

En rigor, pues, la reseña de Lapesa obedece todas las directrices de María Rosa: reseñador, lengua, tipo de reseña, modelo para la misma y extensión, poniendo ampliamente de manifiesto la voluntad de aquella por controlar la recepción póstuma de su legado.

En enero del 63, Malkiel le confía a Lapesa “una misión delicada” adicional: conseguir que Ramón Menéndez Pidal, “nuestro ilustre maestro,” escriba una carta-prólogo al homenaje que Malkiel dice llevar tres meses esperando y sobre la que le volverá a insistir a Lapesa en tres cartas más (ARLM Pro 2641 [31-1-1963]).¹¹ Su insistencia, aunque indirecta, es importante: Malkiel sabe muy bien que Lapesa es el brazo derecho de Menéndez Pidal y, como tal, le conviene que entienda bien el efecto acumulado que tendrían la carta-prólogo del maestro y su propia reseña. Con Menéndez Pidal, el padre indiscutido de la filología española, como prólogo o pórtico al homenaje, y Rafael Lapesa, su brazo derecho, como “eslabón central” del mismo, la obra y la memoria de María Rosa Lida quedarían clara y convenientemente adscritas al prestigio de la Escuela de Filología Española.¹²

Consciente de que se me escapan muchas cosas y hay muchas otras que debo dejar escapar, voy a centrarme en los criterios que, de acuerdo

¹¹ Además de ésta, Malkiel vuelve al caso de la carta prometida en ARLM Pro 2642 (20-2-1963), ARLM Pro 2643 (25-2-1963) y ARLM 2644 (25-4-1963). El 1 de mayo de 1963, Malkiel envía a Lapesa esta nota a mano: “Mi querido amigo: le escribo estas cuatro líneas para prevenirle que ha llegado el ms. de don Ramón, por correo muy lento (despachado como ‘impreso’). En seguida acusé recibo por telegrama. Disculpe usted la molestia y reciba mi gratitud” (ARLM Pro 2645).

¹² Aunque Malkiel concibe la colaboración de Menéndez Pidal y de Lapesa como un bloque aparte y destacado, también se esfuerza por presentárselo a Lapesa como integrante de un grupo bastante reducido, por otra parte, de “amigos españoles”: “Espero recibir contribuciones de Tomás Navarro, Diego Catalán, Manuel Alvar, Emilio Alarcos Llorach, Antonio Rodríguez-Moñino y otros amigos españoles de la revista. Además, quedará incluida una suculenta reseña de Joaquín Gimeno Casaldueiro, con la cual ya contaba a principios de año. ¡Ojalá la salud permita a don Ramón asociar su prestigioso nombre con este homenaje mediante aquella carta-prólogo que nos prometió!” (ARLM Pro 2643 [25-2-1963]).

con las cartas de Malkiel, apuntan hacia Lapesa como “solución ideal” y que, como consecuencia, perfilan también los problemas que tanto María Rosa Lida como su esposo anticipaban en la publicación póstuma de *La originalidad artística de “La Celestina.”* Me refiero, concretamente, al criterio de imparcialidad exhibido en la “admirable reseña del gran libro de A. Castro” (ARLM Pro 2399), y a su condición de erudito español bien establecido en España y particularmente cercano a Menéndez Pidal.

La reseña de Lapesa de *España en su historia* apareció en el tercer número del volumen correspondiente a 1949 de la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, de la que era editor Amado Alonso. En el número anterior habían salido una demoledora nota de Leo Spitzer (“*Mesturar y la semántica hispano-árabe*”—en honor a la verdad, la primera reseña de la obra de Castro) y una respuesta muy dolida del propio Castro (“*Respuesta a Spitzer*”). Hay que enfatizar que la nota de Spitzer supone para Castro una agresión doble, puesto que suma al daño perpetrado por su insultante contenido la indignación de haberla tenido que leer en la *Nueva Revista de Filología Hispánica*: la revista que Amado Alonso había fundado en el exilio como heredera legítima de la madrileña *Revista de Filología Española*.¹³ Razón de más para que Castro no entienda que Spitzer le haya podido dar tan torcido bautizo y en su propia capilla.

Por caprichos del destino, Lapesa tiene conocimiento muy directo de la indignación de Castro. Gracias a su maestro, Lapesa ha llegado en 1948 a Princeton, el primer destino de su primera tournée americana y, por primera vez desde la guerra, mantiene contacto directo con los miembros exiliados del Centro, entre ellos, Amado Alonso, al que hasta ahora, de hecho, no había tenido oportunidad de conocer personalmente.¹⁴ En calidad de discípulo del Centro, Lapesa interviene en el asunto con una reseña completamente distinta a la de Spitzer aunque, eso sí, igualmente autorizada por la disciplina filológica que aquél defiende. La razón evidente de su reseña es servir como contrapeso a Spitzer. La razón oculta, no obstante, es intervenir como mediador entre dos ex-miembros del Centro, o dos ex-céntricos: Alonso y Castro. Así se lo recuerda Lapesa mismo a Castro algunos años

¹³ Con esa intención, Amado Alonso había fundado la *Revista de Filología Hispánica* en Buenos Aires en 1939 y, tras la clausura de ésta, la *Nueva Revista de Filología Hispánica* en el Colegio de México en 1947.

¹⁴ Cuando Lapesa entró como becario en el Centro de Estudios Históricos en 1927, Amado Alonso acababa de marcharse a dirigir el Instituto de Filología de Buenos Aires (Lapesa, “Dámaso Alonso” 9). Su relación personal constituye, por tanto, un evento eminentemente americano.

después: “Intervine en 1948 para evitar que empeorasen las relaciones entre V. y Amado Alonso: mi reseña de *España en su historia* para la *Nueva Revista de Filología Hispánica* obedeció a eso, como V. bien sabe” (ARLM CE sin signatura [18-5-1958]).

María Rosa Lida debió de conocer muy bien los entresijos de esta reseña de Lapesa ya que a principios del 48 también ella está en Harvard, junto a Amado Alonso, y forma, ella también, parte del círculo de exiliados que recibe a Rafael Lapesa a su llegada. En el verano del 49, además, Lapesa llega como profesor visitante a Berkeley, el último destino de su tournée americana. Y en ese mismo año María Rosa escribe para *Romance Philology* una reseña bastante positiva del estreno de Lapesa como crítico literario: *La trayectoria poética de Garcilaso de la Vega*. De ese conocimiento de primera mano, Lida pudo deducir algunos factores estratégicamente importantes para el futuro de su obra: el primero, que Lapesa era muy capaz de poner su trabajo como filólogo al servicio, quizá no tanto de la imparcialidad como de la concordia y continuidad de su escuela; el segundo, que Lapesa sabría anticipar y pacificar a un tiempo el dolor y la indignación de Castro.

Por sus cartas a Lapesa, es claro que Castro anticipa ansioso la lectura del libro de María Rosa y de la reseña de Lapesa. En enero del 63 le escribe: “Tengo ganas de leer su reseña [del libro] de Ma. Rosa y de tener éste” (ARLM Pro 2543 [18-1-1963]). Poco después, y sin haber leído el libro aún, le dice: “Es libro importante, que hace Ud. buena obra en darlo a conocer ahí” (ARLM Pro 2544 [26-1-1963]). Para marzo, Castro ya ha leído el libro y escribe a Lapesa sin pelos en la lengua: “El volumazo de María Rosa es doctísimo, pero cuánto absurdo. La falta de intelectuales papillas no se remedia metiéndose en el coco toda la biblioteca de Alejandría. Me apena porque era grande mi afecto” (ARLM Pro 2545 [9-4-1963]). Castro vuelve al tema una vez más después de leer la reseña de Lapesa:

Leí con gran interés su excelente reseña del libro de María Rosa, muy sabio y bastante desorientado. Lo de ser la literatura española como todas las literaturas revela hasta qué punto aquella desventurada (sigo lamentando de veras su ausencia) estaba sin contacto con la experiencia de la vida. Todo para ella era saber y saber. [...] Las moles de datos no permiten a veces superar la ingenuidad irreflexiva. ¿Cómo va a ser la literatura de los españoles como todas las demás, si su lengua y su vida no lo son? Ma. Rosa no asimiló de mi obra sino lo favorable para su entusiasmo judaico, datos sueltos en una palabra. (ARLM Pro2548 [7-11-1963])

La reseña de Lapesa a María Rosa genera claras tirantezas entre éste y su maestro que, sintiéndose doblemente traicionado, considera que Lapesa le debe, cuando menos, una nueva muestra pública en apoyo de su obra. Cuando Lapesa deja pasar en 1965 la oportunidad de reseñar la intervención de Castro a la polémica, "*La Celestina*" como *contienda literaria: Castas y casticismos*, todavía se ve forzado a defenderse así ante Castro:

Me reprocha V. que yo haya reseñado el libro de María Rosa sobre *La Celestina* y no haya hecho otro tanto con los de V. Olvida dos cosas: que mi reseña obedeció a que María Rosa, casi moribunda ya, me pidió que me ocupara de su libro y me lo hizo llegar en pruebas todavía. No podía negarme, aunque con ello perdí un tiempo precioso. La segunda cosa que olvida es que quien primero salió a la liza en una revista "scholar" para defender *España en su historia*, mucho antes que esos médicos y novelistas se ocuparan de V. y de sus obras, fui yo.¹⁵

La tensión que la obra de María Rosa ha creado entre Castro y Lapesa cobra mayor interés si tenemos en cuenta, por un lado, que Lapesa se confiesa, además de perjudicado, obligado por las circunstancias a aceptar el encargo de María Rosa y, por otro, que Castro mismo, al margen de lo que pudiera decir en privado, se guardó mucho de hacer una declaración pública contra Lida o Lapesa, sus antiguos discípulos. En tanto que María Rosa pudo anticipar el talante y la conducta de ambos, supo también, en mi opinión, escudar su obra en la capacidad de sacrificio de la que era capaz Lapesa y en el peso que la lealtad tendría para Castro.

Castro suponía, equivocadamente, que el libro de María Rosa sería castrista y Lapesa nuevamente su paladín cuando le dice a éste "hace Ud. buena obra en darlo a conocer ahí." Para Castro, sin duda, hubiera significado una gran conquista que Lapesa se hubiera decantado a favor de una discípula suya en España y para los españoles. De ahí el tamaño de su desengaño con María Rosa y de su frustración con Lapesa. En lo que no se equivocaba Castro, no obstante, era en la importancia que Lapesa tenía también para María Rosa precisamente por estar "ahí," es decir, en España, y al lado de Menéndez Pidal. En este segundo frente de influencia de Lapesa, la situación de María Rosa es prácticamente

¹⁵ Imposible sería incluir aquí todas las cartas que muestran el disgusto entre ambos. Excluyo por su evidente interés este "borrador enviado con retoques" archivado entre ARLM CE (10-10-1965).

inversa a la que acabamos de ver. Si *La originalidad artística de "La Celestina"* era una declaración de independencia frente a Castro en la que Lapesa venía a servir poco menos que de escudo, en el caso de Menéndez Pidal y su escuela Lapesa sirve, por el contrario, como un agente reconciliador.

La relación de María Rosa Lida con los maestros de la Escuela de Filología Española es, por lo menos, complicada. Para empezar, Lida había aprendido muy bien de Amado Alonso la costumbre o la manía de señalarse siempre como discípula de su eminente maestro.¹⁶ El hacerlo no era sólo una muestra de respeto o de humildad, sino una fórmula genealógica que, quisiera ella o no, la convertía *ipso facto* en miembro de la Escuela de Filología Española y en discípula, por tanto, de don Ramón Menéndez Pidal. Para María Rosa, repitiendo la lección de Amado Alonso, Menéndez Pidal era "el maestro de todos los hispanistas," el "maestro de mis maestros" y "el gran señor de la filología" (Reseña de *La idea imperial* 379).¹⁷ Eran los títulos que todo el mundo daba a don Ramón, y que denunciaban, como digo, una lección muy bien aprendida en su escuela: lección de admiración, pero también de linaje y vasallaje al "gran señor." De entre todos ellos, Rafael Lapesa ofrece el ejemplo quizá más romántico, pero también más revelador de este vasallaje al que me refiero:

Hacia 1925, en la escuela filológica de Menéndez Pidal, don Ramón era el patriarca, el Cid de vellida barba, camino de convertirse ya en Carlomagno de barba florida; su Alvar Fáñez, su Martín Muñoz o su duque Naimés eran Américo Castro, Navarro Tomás y, allá en el lejano Wisconsin, entre nieves y lagos, Solalinde; los tres, maestros consagrados ya. La segunda generación, la de los caballeros jóvenes y hazañosos, tenían su Per Vermudoz, su Roldán y su Oliveros en Montesinos, Amado Alonso y Dámaso Alonso ("Don Ramón Menéndez Pidal" 9).

¹⁶ Así, por ejemplo, en la dedicatoria que abría su libro *Juan de Mena, poeta del prerrenacimiento español*: "A Amado Alonso, mi maestro, y a la memoria de Pedro Henríquez Ureña" (5, sin número). Para ésta y otras muchas y jugosas dedicatorias de María Rosa a Alonso, véase Polo.

¹⁷ El primero de estos calificativos procede de la reseña que María Rosa dedicó en 1941 a varias obras de Menéndez Pidal (Reseña de *La idea imperial* 379). Los dos últimos proceden de la carta de María Rosa Lida a Menéndez Pidal que este último incluye entre las páginas seis y siete de su carta-prólogo ("Prólogo," sin número). María Rosa, ya moribunda, recuerda en esta carta que era Amado Alonso el que acostumbraba a llamar a don Ramón "el gran señor de la filología."

Hay que tener muy presente el valor de Menéndez Pidal como héroe antonomástico del Hispanismo, por un lado, y la actitud paternalista de la Escuela de Filología Española, por otro, para percibir bien el impulso de abarcar a María Rosa Lida como una de las ramas, satélites o tentáculos del tronco de don Ramón.¹⁸ Es patente que el repetido testimonio de ésta a la memoria de Amado Alonso servía bastante bien para constatar a la vez la raigambre española y la continuidad o ramificación internacional de la escuela de Menéndez Pidal. Sin duda era también una mujer brillante y, como tal, todo un portento en su día, motivo de orgullo para cualquier cofradía.¹⁹ Andando el tiempo—andando bastante el tiempo, todo hay que decirlo—su presencia entre las primeras generaciones de discípulos de don Ramón serviría incluso para trazar ese capítulo, nunca antes escrito, sobre las mujeres de la escuela o las “gentiles damas,” para decirlo al modo de Lapesa en su libro de 1998: *Generaciones y semblanzas de claros varones y gentiles damas que ilustraron la filología hispánica de nuestro siglo*.²⁰

¹⁸ El reciente libro de López Sánchez examina a fondo la “proyección internacional” del Centro de Estudios Históricos y destaca la actitud generalmente paternalista hacia Latinoamérica, muy en contraste con Europa (125–53).

¹⁹ El propio Alonso da noticia temprana del efecto que María Rosa tenía entre los especialistas por ser mujer: “Hasta ahora María Rosa Lida había tenido una abundante y muy admirada producción entre los especialistas (admiración un poco agrandada por el simpatizante asombro: mujer, tan joven e hispanoamericana)” (Polo 361). El comentario de Alonso concluye la reseña que publicó en *Sur* sobre la obra de Lida *Introducción al teatro de Sófocles* y que José Polo reproduce en su integridad (359–61). El ser mujer inspiraba, efectivamente, una tendencia a la hipérbole. José Manuel Blecua, por ejemplo, decía así en memoria de la autora: “la que nunca falta a la cita [...] ha arrebatado a la erudición literaria hispánica la figura femenina más extraordinaria de toda su historia” (1).

²⁰ En el caso de Lapesa, se trata de una cuestión bastante forzada y de última hora. De las siete biografías de mujeres que se incluyen en un total de 27, el grueso son entradas previamente inéditas (cinco de las siete) y de un estilo telegráfico que claramente contrasta con las masculinas. La primera de ellas, la más extensa, es la de Menéndez Pidal (*Generaciones y semblanzas* 11–36). Entre las últimas, aparece ésta, no la más escueta de todas, sobre María Rosa Lida: “Nacida en Buenos Aires, recibió allí una sólida formación grecolatina y fue después muy destacada discípula de Amado Alonso en el Instituto de Filología dirigido por él. Bajo el peronismo la situación del Instituto fue cada vez más difícil y sus miembros, empezando por el mismo Amado, hubieron de emigrar, a los Estados Unidos en gran parte. María Rosa enseñó en las universidades norteamericanas más estimadas y entre ellas la de California. Allí contrajo matrimonio con el destacado hispanista Yakov Malkiel. Era tan gentil y distinguida como sabia. La recuerdo elegantísima, intencionadamente vestida a la penúltima moda y coronada por amplia pamelas. Entre sus numerosas publicaciones destacan sus fundamentales estudios sobre el Arcipreste de Hita, Juan de Mena y *La Celestina*” (*Generaciones y semblanzas* 217).

Con todo y con eso, la vinculación de María Rosa a la Escuela de Filología Española, en abstracto, y a Menéndez Pidal, en concreto, no es una operación tan automática como pueda parecer. Y es que María Rosa, además de ser mujer, argentina, judía y, desde 1947, exiliada en los EEUU, nunca había viajado a Europa, ni visitado España, ni conocido en persona a Menéndez Pidal.²¹ Lo que es peor, tampoco había acatado los límites que presuponían el vasallaje a Menéndez Pidal y el amparo en la unidad corporativa de su escuela. Harto conocido es que María Rosa Lida, todavía desde Buenos Aires y en la primera mitad de los 40, tuvo la díscola osadía de enmendarle la plana a los dos santones de la filología española: nada menos que al patriarca, Menéndez Pidal, y nada menos que al nuevo líder indiscutible de su escuela: Dámaso Alonso.²² En 1959, las plumas se tornaron definitivamente lanzas en un artículo sobre el *Libro de buen amor* (“Nuevas notas”) que empezaba por señalar a Pidal como la primera piedra en el camino de entender la unidad del libro y que, acto seguido, denunciaba la falta de imaginación histórica y la desmayada fe del propio Pidal como responsables de su evaluación anacrónica del Arcipreste.²³ Como bofetada adicional a Pidal, el artículo ponía en un ridículo espantoso a su hijo, Gonzalo Menéndez Pidal (“Nuevas notas” 17, 73), por el delito de haber sido la fuente de inspiración principal de un trabajo recién acuñado por Dámaso Alonso y al que María Rosa hace verdadero picadillo.²⁴ Por si fuera poco, María

²¹ Menéndez Pidal lo dice en su prólogo al homenaje conmemorativo: “No la he tratado personalmente, sino por correspondencia” (“Prólogo” 5). El Congreso Internacional de Hispanistas, celebrado en Oxford en 1962 y al que María Rosa no pudo asistir por lo avanzado de su enfermedad, hubiera sido la oportunidad de conocer a Pidal y su primera visita a Europa (Menéndez Pidal, “Prólogo” 7; Malkiel, “María Rosa Lida” 9–10).

²² Malkiel se ha referido en más de una ocasión a la trayectoria de María Rosa Lida como polemista y a los riesgos que conllevaba: “María Rosa was presumably not unaware of the fact that her earlier polemic stance vis-à-vis the writings of two influential critics—Dámaso Alonso’s *La poesía de San Juan de la Cruz* and Menéndez Pidal’s study of Fray Antonio de Guevara—had raised eyebrows in many quarters, and that the habit of passionate position-taking, which she did not shirk when confronted with two badly skewed *Libro de buen amor* interpretations, might in the end be prejudicial where personal friendships were involved” (“A Brief History” 6). Véase también su necrológica (“María Rosa Lida” 21–22, 28). Los dos trabajos en cuestión aparecieron en la *Revista de Filología Hispánica* en 1943 y 1945 respectivamente (Reseña de *La poesía de San Juan de la Cruz*; “Fray Antonio de Guevara”).

²³ El blanco de María Rosa Lida es la segunda edición de *Poesía juglaresca y juglares*. Especialmente irreverente es cuando dice: “Tan ajenos al hombre moderno son los modos de pensar de la Edad Media que un medievalista de la talla de don Ramón Menéndez Pidal no admite la fe viva de Juan Ruiz” (“Nuevas notas” 47).

²⁴ La primera vez que María Rosa alude al estudio de Gonzalo Menéndez Pidal, con ser muy dura, es claro que evita dar el nombre del autor (“Nuevas notas” 23). Cuando

Rosa se mostraba descaradamente lisonjera con don Américo Castro, cuya intuición—nos dice María Rosa—es “certera” (“Nuevas notas” 23). Según ella, Castro ha señalado “con tanto acierto” (“Nuevas notas” 28); “ha demostrado definitivamente” (“Nuevas notas” 49); “comenta sagazmente” y “observa con no menos acierto” (“Nuevas notas” 54); rechaza “con mucha razón” y hace “certeras observaciones” (“Nuevas notas” 59). Todo esto para dejar claro que está muy de acuerdo con la tesis del mudejarismo de Juan Ruiz y, en general, con la visión multicultural expuesta por Castro desde *España en su historia*.

En tanto que la insumisión de María Rosa implicaba la connivencia de los editores y ponía de manifiesto la independencia americana o la falta de control de los maestros de Madrid, el agravio se multiplicaba. Sus primeros ataques a Dámaso Alonso y a Menéndez Pidal los publicó en la *Revista de Filología Española*. Su ataque más voraz lo publicó en la *Nueva Revista de Filología Hispánica*. Como acabamos de ver en referencia a Castro, también Dámaso sobrentiende en la libertad de María Rosa una ofensa a sus derechos de propiedad y un desacato a su jerarquía. Así escribe en una carta dirigida al matrimonio Lapesa que cito por extenso:

Supongo que habréis leído la sarta de insultos que me dirige la Malkiel en la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, por el mero delito de haber disentido cortésmente de una sagrada opinión suya. No me extraña en ella: de su ralea lo esperaba, y conmigo tenía un reconcomio de años, que mis constantes elogios y mis manos tendidas no lograban reducir.

Lo que me duele es la conducta de los Alatorre, a los que yo he tratado siempre como amigos. Si yo dirigiera una revista (ya sabes que mi dirección de la *RFE* es puramente nominal) yo no admitiría un artículo insultante de ese modo, no ya contra un redactor de la revista (yo lo soy de la *NRFH*) sino de cualquier persona. Añádase en este caso que por mi parte no había habido agravio alguno contra esa mujer. Como tú eres también redactor, te pregunto: ya que razones generales de humanidad y honorabilidad no han sido atendidas, ¿no tenía yo derecho, como redactor, a que se me hubiera comunicado lo que había? Suele ser costumbre que a los redactores se les de derecho a contestar en el mismo número. Pero no es costumbre (ni aún del Congo) que a los redactores se les insulte groseramente en su propia revista. Porque si yo soy

se decide a nombrarlo y desarmarlo argumento por argumento, explica que, en un principio, lo había pasado “en silencio por parecerme tan flojo que no merecía refutación” (“Nuevas notas” 73).

“difamador” internacional ¿no les da vergüenza tenerme ahí como redactor? Mucho te agradecería que me dieras tu opinión sobre esto y tu consejo. Como no sé si conoces mi artículo, o para que lo recuerdes, te lo mando. Léelo, por favor, despacio y dime dónde estaba el motivo para el patatús de la Malkiel. (ARLM Pro 1773 [18-8-1960]; subrayado del autor)²⁵

Se ha tomado el famoso *non serviam* de María Rosa en 1959 como una salida de tono sin mayor trascendencia y que en nada debe empañar su imagen de devota discípula de don Ramón y los maestros de su escuela (Gómez Moreno, “En el centenario” 176). A ello ha contribuido, no poco, la carta-prólogo de Menéndez Pidal mismo al homenaje de *Romance Philology*; una carta que, en mi opinión, debería citarse menos como prueba del carácter magnánimo de Pidal y más como prueba de su interés por asimilar la memoria de María Rosa a los logros del Centro de Estudios Históricos.²⁶ Cito de esta carta: “En el Centro de Estudios Históricos de Madrid, donde yo trabajaba, teníamos en gran estima a María Rosa Lida desde que, muy joven, en los años 1933-36, colaboraba en la revista de estudios clásicos *Emérita*, publicada por el Centro” (Ramón Menéndez Pidal, “Prólogo” 5).²⁷ Para explicar el recorrido de María Rosa desde la literatura clásica a la española, Pidal habla del “maestro, verdadero guía” que María Rosa necesitaba y, otra vez, del Centro: “Éste fue Amado Alonso, formado como profesor en el

²⁵ Lapesa responde al llamado de Alonso. Entre su “Correspondencia Enviada” se encuentra el borrador de una carta dirigida a Antonio Alatorre y con fecha de 7-9-1960: “El único disgusto que he tenido ha sido leer los violentos ataques publicados en la *Nueva Revista de Filología Hispánica* contra Dámaso Alonso, colaborador o redactor de ella. Creo que la legítima defensa de las propias opiniones puede hacerse sin tono agresivo, que en nada beneficia a una publicación de carácter científico” (ARLM CE, sin signatura). Hay que recordar que María Rosa Lida también era miembro del comité editorial de la *Nueva Revista de Filología Hispánica*.

²⁶ He aquí el magnánimo “perdón” de Menéndez Pidal a María Rosa: “Era muy dada a hacer reseñas de libros nuevos; a ello la inclinaba su amplia erudición y su fácil pluma. A veces se la califica de severa y aun dura en sus reseñas bibliográficas. Era exigente con los trabajos de los demás porque lo era consigo misma. Fue también alguna vez vehemente en rechazar opiniones contrarias a las que ella había adoptado con asiduo trabajo; pero esto era raro y, aun entonces, llegaba a reconocer la inseguridad de su propio juicio; más bien lo habitual en ella era la objetividad en la contradicción. De mí sé decir que probé sus discrepancias y siempre las hallé noble y doctamente expuestas, sin que en lo más mínimo pudieran anublar la amistad y la admiración que desde muy pronto hacia ella sentí” (“Prólogo” 6).

²⁷ Yakov Malkiel pone cuidado de empezar su necrológica demostrando que los primeros pinitos de María Rosa no fueron en la *Emérita* de Madrid, sino en la revista *Repertorio Americano* y de la mano de Pedro Henríquez Ureña (“María Rosa Lida” 9).

Centro de Estudios Históricos y por el Centro enviado a la Argentina en 1927, como Director del Instituto de Filología, cuya dirección la Universidad de Buenos Aires había encomendado al Centro madrileño” (“Prólogo” 5). Entre las páginas de su contribución al homenaje, Pidal inserta también una carta que María Rosa le escribió en septiembre de 1962, muy poco antes de morir, y que empieza así: “Leo y releo la carta de Vd. y me parece oír las palabras que repetía mi maestro Amado Alonso: ‘Don Ramón, el gran señor de la filología’” (citado en Ramón Menéndez Pidal, “Prólogo,” sin número).

Y con estas palabras de María Rosa voy a concluir. En mi opinión, mientras tuvo salud y vida María Rosa Lida no podía haber sido más contundente de lo que fue, no ya en su declaración *non serviam*, sino en poner en ridícula evidencia la degeneración provinciana de la rama nativa de la escuela de Menéndez Pidal. Parece obvio que María Rosa Lida entendía de sobra lo que las alianzas o las relaciones de vasallaje significaban en la Escuela de Filología Española y de sobra sabía también que *La originalidad artística de “La Celestina”* no tendría, a la altura de 1963, ni madre ni tampoco padrinos. La “solución ideal” a sus problemas fue Rafael Lapesa: para María Rosa, el mejor diplomático a su disposición, respetado por igual a ambos lados del Atlántico y en los dos extremos de la filología hispánica. Con respecto a Castro, *La originalidad* era una nueva declaración de independencia, por mucho que María Rosa se contorsionara, retóricamente hablando, para que sus ataques no le dieran de lleno al maestro. En privado, Castro lo entendió perfectamente bien: María Rosa era una desertora de su visión y una víctima, como también Lapesa, de las “papillas” positivistas de su escuela. En público, no obstante, en *“La Celestina” como contienda literaria*, Castro haría las mismas contorsiones que ella para no darse directamente por aludido. Con respecto a Madrid, María Rosa encuentra en el argumento nostálgico y corporativo de la escuela una estrategia para la supervivencia de su obra. Menéndez Pidal todavía era, quisiera ella o no, quisiera Dámaso Alonso o no, el gran “señor de la filología” y, en aras de la filología, María Rosa envía a Rafael Lapesa para pagarle sus parias al “gran señor.”

Obras Citadas

- Alonso, Amado. *De la pronunciación medieval a la moderna en español*. Últimado y dispuesto para la imprenta por Rafael Lapesa. Vol. 1. Biblioteca Románica Hispánica 1. Tratados y Monografías 5. Madrid: Gredos, 1955.
- . ———. ———. Vol. 2. Biblioteca Románica Hispánica 1. Tratados y Monografías 5. Madrid: Gredos, 1969.
- Alonso, Dámaso. “La cárcel del Arcipreste.” *Cuadernos Hispanoamericanos* 86 (1957): 165–77.
- ARLM = Archivo de Rafael Lapesa Melgar. Biblioteca Valenciana. Generalitat Valenciana.
- Bernabéu Albert, Salvador. “La pasión de Ramón Iglesia Parga (1905–1948).” *Revista de Indias* 65.235 (2005): 755–72.
- Bleuca, José Manuel. “Una bella lección.” *Insula* 195 (1963): 1–2.
- Castro, Américo. “*La Celestina*” como contienda literaria: *Castas y casticismos*. Madrid: Revista de Occidente, 1965.
- . *España en su historia: Cristianos, moros y judíos*. Buenos Aires: Losada, 1948.
- . “Respuesta a Spitzer.” *Nueva Revista de Filología Hispánica* 3 (1949): 149–58.
- Gómez Bravo, Ana María. “María Rosa Lida de Malkiel (1910–1962) and Medieval Spanish Literary Historiography.” En *Women Medievalists and the Academy*. Ed. Jane Chance. Madison: U of Wisconsin P, 2005. 723–32.
- Gómez Moreno, Ángel. *Breve historia del medievalismo panhispánico: Primera tentativa*. *Medievalia Hispanica* 15. Madrid: Iberoamericana; Frankfurt am Main: Vervuert, 2011.
- . “En el centenario de María Rosa Lida de Malkiel.” *Revista de Filología Española* 91 (2011): 171–88.
- Lapesa, Rafael. “Américo Castro: Semblanza de un maestro.” En *Poetas y prosistas de ayer y de hoy: Veinte estudios de historia y crítica literarias*. Biblioteca Románica Hispánica 2. Estudios y Ensayos 263. Madrid: Gredos, 1977. 353–61.
- . “Dámaso Alonso, humano maestro de humanidades.” En *Homenaje Universitario a Dámaso Alonso. Reunido por los estudiantes de filología románica, curso 1968–1969 [Universidad de Madrid]*. Madrid: Gredos, 1970. 9–17.
- . “Don Ramón Menéndez Pidal. Ejemplo y doctrina.” *Filología* 13 (1970): 1–32.

- . *Generaciones y semblanzas de claros varones y gentiles damas que ilustraron la filología hispánica de nuestro siglo*. Clave historial 2. Madrid: Real Academia de la Historia, 1998.
- . “Mi recuerdo de Amado Alonso.” En *Estudios de Literatura y Lingüística españolas: Miscelánea en honor de Luis López Molina*. Ed. Irene Andrés-Suárez et al. *Hispanica helvética* 4. Lausanne: Sociedad Suiza de Estudios Hispánicos, 1992. 321–34.
- . “La originalidad artística de ‘La Celestina.’ Memorial Review Article.” *Romance Philology* 17 (1963–64): 55–74.
- . Reseña de *España en su historia: Cristianos, moros y judíos* de Américo Castro. *Nueva Revista de Filología Hispánica* 3 (1949): 294–307.
- . “Semblanza complementaria de Américo Castro.” En *De Berceo a Jorge Guillén: Estudios literarios*. Biblioteca Románica Hispánica 2. Estudios y Ensayos 403. Madrid: Gredos, 1997. 238–55.
- Lida de Malkiel, María Rosa. “Fray Antonio de Guevara. Edad Media y Siglo de Oro español.” *Revista de Filología Hispánica* 7 (1945): 346–88.
- . *Juan de Mena, poeta del prerrenacimiento español*. Publicaciones de la Nueva Revista de Filología Hispánica 1. México, DF: Colegio de México, 1950.
- . “Nuevas notas para la interpretación del Libro de buen amor.” *Nueva Revista de Filología Hispánica* 13 (1959): 17–82.
- . Reseña de *La idea imperial de Carlos V. La condesa traidora. Romanz del Infant García. Adefonsus Imperator Toledanus y Poesía árabe y poesía europea* de Ramón Menéndez Pidal. *Revista de Filología Hispánica* 3 (1941): 379–81.
- . Reseña de *La poesía de San Juan de la Cruz* de Dámaso Alonso. *Revista de Filología Hispánica* 5 (1943): 287–92.
- . Reseña de *La trayectoria poética de Garcilaso de la Vega* de Rafael Lapesa. *Romance Philology* 3 (1949–50): 210–13.
- López Sánchez, José María. *Heterodoxos españoles: El Centro de Estudios Históricos, 1910–1936*. Madrid: Marcial Pons Ediciones de Historia, 2006.
- Malkiel, Yakov. “A Brief History of M.R. Lida de Malkiel’s *Celestina* Studies.” *Celestinesca* 6.2 (1982): 3–14.
- . “María Rosa Lida de Malkiel.” *Romance Philology* 17 (1963–64): 9–32.
- Menéndez Pidal, Gonzalo. “El Arcipreste de Hita.” *Historia general de las literaturas hispánicas 1: Desde los orígenes hasta 1400*. Dir Guillermo Díaz-Plaja. Barcelona: Barna, 1949. 473–90.

- Menéndez Pidal, Ramón. *Poesía juglaresca y juglares: Aspectos de la historia literaria cultural de España*. 2^a ed. Austral 300. Madrid: Espasa-Calpe, 1956.
- . “Prólogo.” *Romance Philology* 17 (1963–64): 5–8.
- Polo, José. “Amado Alonso en el recuerdo: Inventario de trabajos, de carácter general, en torno a su figura, a su obra (4).” *Cauce: Revista Internacional de Filología y su Didáctica* 27 (2004): 349–63.
- Satorre Grau, Javier. “Bibliografía de Rafael Lapesa.” *Revista de Filología Española* 88 (2008): 125–61.
- Spitzer, Leo. “Mesturar y la semántica hispano-árabe.” *Nueva Revista de Filología Hispánica* 3 (1949): 141–49.